

El cambio de época, signo de los tiempos, desafía a la acción eclesial y a la iniciación cristiana

*Eduardo Pérez Cotapos Larraín, ss.cc.¹
Vicedecano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad
Católica de Chile*

En el contexto de este Congreso dedicado al tema de la iniciación cristiana me ha sido solicitada una ponencia sobre los desafíos que el cambio de época implica a la acción eclesial y a los procesos de iniciación cristiana. A esta ponencia no le corresponde hacer un análisis desde el punto de vista de las Ciencias Sociales, aunque deben tener en cuenta sus aportes. Me propongo realizar un análisis desde el punto de vista teológico pastoral. Intentaré hacerlo, dentro de mis capacidades, consciente de que no soy un pastoralista, a partir de mi experiencia y apoyándome en el interesante magisterio reciente del papa Francisco.

Ante todo, es bueno recordar como dato compartido que estamos ante un real cambio de época. Es decir, ante una nueva autocomprensión de la persona humana, que conlleva un nuevo modo en interactuar en los espacios sociales y de situarse ante la naturaleza. El ser humano está cambiando, está cambiando muy profundamente, aunque aún no logremos darnos cuenta de las reales dimensiones de este cambio. Esas sombras y dudas respecto del «hacia dónde se encamina este proceso» añaden una cierta cuota de oscuridad y de desconcierto al momento que estamos viviendo. Estamos frente a un ser humano muy poderoso, como nunca antes en la historia, pero un poco asustado y temeroso de sí mismo. Un ser humano al cual le interesan menos las grandes utopías sociales de 50 años atrás, pero que se apasiona profundamente por las cuestiones antropológicas y por el sentido de su vida, con un profundo anhelo de autoconocimiento personal.

La iniciación cristiana tiene que ver con personas concretas. Con hombres y mujeres en pleno proceso de cambio, algo desconcertados e inse-

1 Doctor en Teología, especializado en Sagrada Escritura: e.perezcotapos@sscc.cl

guros en lo más íntimo de sí mismos. Personas humanas que anhelan ser capaces de autocomprenderse mejor; de hacerse dueños de sí mismos de un modo más profundo y activo. Un dato claro en esta línea es que la literatura más popular de estos tiempos, que se vende en todas partes, son los textos de autoayuda. Aunque tengamos un juicio crítico respecto al valor y utilidad de muchos de estos textos, debemos tomar en serio la necesidad humana que lleva a recurrir a ellos.

Tres elementos fundamentales del cambio de época

Sin entrar en grandes análisis de este proceso de cambio, quiero enumerar y comentar algunos aspectos del mismo que a mi parecer están desafiando los procesos de iniciación cristiana. Por procesos de iniciación cristiana entiendo aquellos procesos que conducen a un conocimiento de Jesús como alguien capaz de darle un sentido definitivo y pleno a mi vida, sentido que me exige dar una cierta coherencia moral a mi vida y que me integra activamente en una comunidad cristiana². Es decir, tres elementos esenciales: encuentro personal con Cristo, desafío ético e integración en una comunidad de creyentes. Veamos algunos de estos elementos del cambio de época que desafían nuestra vida eclesial.

1. *Autonomía personal.* Desde hace ya un buen tiempo, la humanidad está embarcada en un proceso de creciente autonomía personal. Para ser plenos nos sentimos necesitados de ser autónomos, no heterónomos. Queremos adentrarnos en lo más hondo de nuestra naturaleza humana, en cuanto individual y única, y allí encontrar nuestra identidad. Encontrar esa identidad escondida en las mismas células de nuestro cuerpo; en nuestra genética, en nuestro ADN³. Dicho teológicamente, estamos más inte-

2 Me hago eco del decisivo texto de Benedicto XVI en *Deus caritas est*, n. 1. Texto citado por Francisco en *Evangelii gaudium*, 7: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”». Y también, en lo más descriptivo, del número 289, del *Documento Final* de la V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (Aparecida): «Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el kerigma, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, experimentado como plenitud de la humanidad, y que lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión».

3 En la línea de lo dicho por el papa Francisco: «Para Abrahán, la fe en Dios ilumina las raíces más profundas de su ser, le permite reconocer la fuente de bondad que hay en el origen de

resados por reconocer aquella huella del creador que subyace en lo más hondo e íntimo de nuestro ser y mucho menos interesados por acoger un eventual mensaje de Dios que nos llegue transmitido por medio de un mediador, cualquiera este sea.

Esta situación pide que revisemos nuestro modo de entender la Revelación de Dios. Y de paso nos plantea un asunto más de fondo, que es la cuestión de la unicidad y universalidad de revelación de Dios en Cristo⁴. Tengo la impresión de que actualmente en muchos ambientes hay un rechazo visceral a tomar realmente en serio un grupo religioso que se presente como poseedor en exclusiva de «la verdad» y «la salvación» para toda la humanidad. Y que por lo mismo descalifique como «no verdaderas» las otras tradiciones espirituales y los otros grupos religiosos. Esto se asemeja demasiado a un sectarismo fanático, y no encaja en lo que hoy se espera de una auténtica religión.

Aquí reconozco un desafío muy básico que el cambio de época nos está planteando y que afecta directamente al tema de la iniciación cristiana. Estamos ante el desafío de presentar nuestra fe de un modo tal que ella sea capaz de asumir integralmente la naturaleza o condición humana y, al mismo tiempo, sea capaz de entrar en un diálogo integrador con las otras tradiciones espirituales de la humanidad. Estamos desafiados a recuperar un modo o estilo de plantear nuestra fe caracterizado por la humildad y el carácter dialogal. En definitiva, estamos desafiados a recuperar una dimensión muy característica del ministerio de Jesús de Nazaret: el despojo de toda forma de poder, salvo de la certeza de que nuestra vida está en las manos de Dios. La forma fundamental en la cual Jesús propuso su enseñanza, usando parábolas, tiene mucho que decirnos para la práctica eclesial actual; es lo que en exégesis se llama el «método parabólico» en la acción de Jesús.

Los nuevos tiempos, a Dios gracias, nos están obligando a dejar de ser una Iglesia que se imagina poseedora exclusiva de la única verdad que conduce a la salvación. Estamos siendo desafiados a reconocer con mucha mayor hondura la trascendente santidad de Dios y su señorío sobre toda la creación, que desbordan con mucho los marcos de la institución eclesial. Estamos llamados a prosternarnos ante la grandeza del creador, que

todas las cosas, y confirmar que su vida no procede de la nada o la casualidad, sino de una llamada y un amor personal. El Dios misterioso que lo ha llamado no es un Dios extraño, sino aquel que es origen de todo y que todo lo sostiene»: FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 11.

4 Más allá de sus planteamientos concretos, que pueden ser discutibles, tengo la convicción de que la declaración *Dominus Iesus*, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, de la Congregación para la Doctrina de la Fe (6 de agosto de 2000), plantea un problema actualmente ineludible y fundamental.

«todo lo hizo bien»⁵; que ha conducido toda la historia humana, de todos los pueblos de la tierra, y que la sigue conduciendo también en los tiempos actuales, incluso cuando estos tiempos nos desconciertan y asustan. Estamos llamados a dejarnos deslumbrar por la huella del creador que late en lo hondo de todo corazón humano; de creyentes y de no creyentes. Llamados a hacer realidad como Iglesia la propuesta conciliar: «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su [de la Iglesia] corazón»⁶.

Los procesos de reivindicación de la autonomía de cada persona humana, sin duda que tienen algo de rechazo a las instituciones eclesíásticas en las cuales históricamente se ha vertido el cristianismo. Pero, y esa es mi propuesta, estas reivindicaciones de autonomía pueden ser vistas como una oportunidad providencial para recuperar una auténtica experiencia de la transcendencia y santidad de Dios, que renueve nuestra admiración por la hermosura de todas sus criaturas, especialmente del hombre y la mujer. El paso indispensable para aprovechar esta oportunidad providencial es liberarnos de la tentación de querer ser una Iglesia que anuncia «su mensaje», que se desgasta en promover «sus instituciones», que se obsesiona en la defensa de «su autoridad». Necesitamos aprender a ser una Iglesia compañera de ruta de la humanidad en la fascinante aventura de reconocer el auténtico rostro de Dios; de un Dios que está siempre más allá de nuestras categorías e imaginaciones⁷.

2. *Proceso de individuación.* El hombre y la mujer autónomos también van viviendo un proceso que algunos llaman de «individuación». Es decir, no desean ceder a otros la responsabilidad de realizar por ellos las grandes decisiones que afectan sus vidas. Quieren decidir personalmente, de modo libre y responsable; es decir, a partir de una información amplia, verificable, convincente. Por lo mismo, son personas que reaccionan molestas frente a las presiones sociales y están muy poco dispuestas a aceptar los simples argumentos de autoridad. En consecuencia no están dispuestos a acoger confiadamente el mensaje de otros, sin someterlo primero a sus personales criterios de verificación. No están dispuestos a aceptar un men-

5 Cf. *Gén* 1, 31.

6 CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 1.

7 Nos puede servir de síntesis lo que el papa Francisco propone como camino para cada creyente: «Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 91.



saje cristiano cuya credibilidad esté fundada en argumentos de autoridad o en presiones sociales; lo acogerán de corazón solo cuando desde su personal experiencia de vida les parezca convincente.

Este profundo cambio de comportamiento conlleva también una cierta actitud de «sospecha» frente a las verdaderas razones por las cuales algo les está siendo propuesto con tanto entusiasmo⁸. Frente a la Iglesia como institución se ha establecido una amplia «sospecha» sobre las razones profundas que la han llevado a actuar a lo largo de la historia. Junto a un juicio a veces demasiado severo sobre el pasado de la Iglesia, se ha instalado una honda «sospecha» de que la Iglesia en muchas ocasiones ha actuado fundamentalmente por afán de poder, de dominación, de manipulación de las personas, y no tanto por estricta fidelidad a su misión de hacer presente el Evangelio de Jesús.

En el tiempo presente como Iglesia estamos desafiados a proponer el mensaje evangélico a personas que nos piden claridad en las razones de nuestra fe. Estamos llamados a dar razón de nuestra esperanza⁹. Nos piden razones que no sean puramente intelectuales, sino que tengan relación directa con nuestra actual experiencia cotidiana de la vida. Necesitamos fortalecer una apologética no racionalista, capaz de dar cuenta del amplio abanico de matices que posee la existencia de cada persona concreta. Son razones que para ser creíbles necesitan ser ofrecidas desde una Iglesia situada en una relación de igualdad con su entorno; con los pies puestos en el mismo terreno, caminando codo a codo con la humanidad actual. Se necesita un diálogo de personas vitalmente tocadas por las mismas realidades y por los mismos desafíos. Y esto es un punto esencial para el proceso de iniciación cristiana: que de verdad el encuentro con Jesús sea capaz de dar un sentido nuevo a mi vida de todos los días, en todas sus dimensiones.

Pero sobre todo nos piden una coherencia de vida, en el pasado y en el presente; una coherencia que manifieste de modo claro la rectitud de nuestras intenciones al proponer el Evangelio, que manifieste que de verdad estamos creyendo vitalmente en lo que anunciamos. Esta exigencia de coherencia de vida puede ser leída como como un ataque a la Iglesia, como pérdida de confianza, como cuestionamiento de la tradición recibida. Pero también puede ser entendida como la actitud de alguien que de verdad se interesa por entender y acoger responsablemente un compromi-

8 No olvidemos a los grandes «maestros de la sospecha»: Marx, Nietzsche y Freud, que han marcado profundamente la modernidad. Sus planteamientos básicos han pasado a ser parte de nuestro horizonte cultural socialmente compartido.

9 Cf. 1 *Pedro* 3, 15.

so religioso. Y ciertamente plantea un interesante desafío a la consistencia espiritual y pastoral de la acción eclesial. Es un llamado a la Iglesia para que abandone la lógica de imponerse por la fuerza del poder, por el recurso a la autoridad; y aprenda, en cambio, a descubrir la maravillosa fuerza del testimonio de vida ofrecido desde la propia fragilidad personal¹⁰. En la actualidad, este parece ser el único camino capaz de suscitar una respuesta de amor, como la que se anhela de alguien que se encuentra personalmente con Jesús como su Señor. Y para aprender a vivir en este nuevo horizonte, la actual dolorosa experiencia de la fragilidad institucional de la Iglesia nos puede ayudar muchísimo a dar los pasos necesarios para cambiar nuestro rumbo de acción.

3. *Cuestionamiento de las instituciones.* Este desafío que acabamos de señalar se ve reforzado por el actual cuestionamiento a todo tipo de instituciones; de modo especial a una institución tan amplia, pesada y omnipresente como es la Iglesia católica. La propuesta cristiana que conlleva la invitación a integrarse en una comunidad eclesial se ve duramente cuestionada. Hay una tendencia fuerte a preferir ser cristianos «libres», «sin Iglesia», y un gran miedo a verse invadidos por normativas eclesiásticas de carácter funcional y evangélicas. Hay un temor casi visceral a verse enredado en normativas propias de una gran institución y manipulado por intereses políticos de la «dirigencia eclesial», que poco tengan que ver con nuestra conciencia personal y con las necesidades concretas de nuestra vida personal y la de nuestros cercanos.

Este rechazo a la institucionalidad eclesial nos desafía a repensar el aparato eclesiástico en toda su globalidad. Para una perspectiva católica no es correcta la mirada de quienes quieren ser simplemente cristianos sin Iglesia; olvidándose de que siempre la fe y el bautismo los recibimos de otros¹¹. Pero para ser Iglesia, e incluso para ser Iglesia católica, no son indispensables todas las complicadas dimensiones de la actual organización eclesiástica. Estoy apuntando a aquello que la Conferencia de Aparecida

10 No olvidar nunca esta hermosa perspectiva: «La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos», FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 34.

11 «El bautismo nos recuerda así que la fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando solo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta. Hemos sido bautizados»: FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 41.



llama «conversión pastoral»¹², y que tan claramente ha asumido el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6, 37)»¹³.

El rechazo a la institucionalidad pesada es a la vez una llamada a recuperar la dimensión básicamente interpersonal en el proceso de transmisión de la fe y de ser Iglesia. La fe se transmite de persona a persona¹⁴, y no es la consecuencia de ser registrado en la base de datos de una poderosa institución. La falta de calor humano, y de interacción real entre los cristianos para muchos constituye un obstáculo importante para su camino de fe. El clima frío, y a veces algo inhumano, de algunas de nuestras estructuras eclesiales se constituye en obstáculo casi insalvable para lograr una apropiada pertenencia al cuerpo eclesial¹⁵. La misma dificultad surge cuando se percibe que el liderazgo eclesial, en sus diversos niveles, actúa de modo autoritario y manipulador, olvidando su radical vocación de servicio.

Tengo la impresión de que el actual cambio de época nos está planteando con mucha agudeza la necesidad de repensar una nueva articulación de

12 Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Aparecida* 365-372. «La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente» (362). «La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida» (366).

13 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 49. Además, *ibid.*, n. 27.

14 «La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos»: FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 37.

15 «Es necesario que reconozcamos que, si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades, o a una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 63.

las dimensiones organizativas o estructurales de la Iglesia y de su dimensión propiamente espiritual. La institución es indispensable, pero si no está traspasada por la fuerza del Espíritu, si no es capaz de dar cuenta de la libertad y fluidez del Espíritu, termina siendo un corsé de hierro que mata la vida. Sin dejarnos fascinar por la falsa utopía de una Iglesia puramente espiritual, superior a la «Iglesia institucional», y por cierto mucho menos complicada, necesitamos abrir un espacio institucional (valga la paradoja) amplio y flexible que permita una vivencia de la fe mucho más plural, con mayor docilidad a los impulsos del Espíritu.

La iniciación cristiana en un cambio de época

Después de haber insinuado estas tres dimensiones mayores del actual cambio de época, que a mi parecer impactan directamente los procesos de iniciación cristiana, quiero proponer algunos puntos más específicos que, a mi modo de ver, la acción pastoral de la Iglesia debe enfrentar de mejor modo. Lo hago a modo de preguntas, porque no creo que haya respuestas claras sobre ellos, sino que se trata de cuestiones abiertas que desafían nuestra creatividad eclesial.

1. *Un encuentro personal con Jesús.* ¿Cómo generar procesos de iniciación cristiana que realmente signifiquen un encuentro personal con Dios; un encuentro hondo y capaz de dar un sentido nuevo a toda la vida? En la línea de lo propuesto por el papa Francisco: «La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro»¹⁶. Estamos siendo desafiados a acompañar en este proceso a quienes se acercan por primera vez a la fe, pero, al mismo tiempo, a quienes ya están bautizados y no han experimentado un auténtico proceso de conversión en sus vidas¹⁷. Y en esta experiencia de encuentro con Dios necesitamos dar su lugar apropiado a la persona de Jesús. «La plenitud a la que Jesús lleva a la fe tiene otro aspecto decisivo. Para la fe, Cristo no es solo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no solo

16 FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 4.

17 «Recordemos el ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo, no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe. La Iglesia, como madre siempre atenta, se empeña para que vivan una conversión que les devuelva la alegría de la fe y el deseo de comprometerse con el Evangelio»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 14.

mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver»¹⁸. Creemos de verdad en Jesús como el Hijo que se encarnó para darnos vida cuando somos capaces de ir haciendo nuestro su horizonte de vida, su modo de relacionarse con el Padre y de servir a los hermanos; no cuando solamente nos postramos ante Él.

2. *Integrar en una comunidad de creyentes.* ¿De qué modo los procesos de iniciación cristiana permiten entrar a ser parte de una Iglesia unida en el Espíritu, en la gozosa experiencia de «ser pueblo» de Dios?¹⁹. Contra las tendencias individualistas tan en boga en nuestra realidad, la experiencia de la fe nos integra con otros y nos permite compartir una misma mirada y sensibilidad. No se trata de anhelar una uniformidad, sino de romper el dinamismo involutivo y mortal del aislamiento individualista, que es uno de los pecados capitales nuestra cultura contemporánea²⁰. Esto es posible solo en la medida en que la experiencia del amor sea el eje central de nuestra comprensión y vivencia de la fe; la experiencia del amor primero de Dios que ha transformado nuestra vida y que nos desafía a hacer de nuestra vida un don de amor para otros. «La experiencia del amor nos dice que precisamente en el amor es posible tener una visión común, que amando aprendemos a ver la realidad con los ojos del otro y que eso no nos empobrece, sino que enriquece nuestra mirada. [...] En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu»²¹.

3. *Enseñar a amar a las personas concretas.* ¿Cuáles son los caminos que debe seguir una iniciación cristiana para que ayude a gestar una mirada benevolente sobre las personas concretas, incluso sobre la propia fragilidad personal? Una mirada de bondad que no sea simple filantropía, sino auténtica experiencia espiritual de encuentro con Dios que me sale al paso en cada hermano o hermana²². Romper esa tendencia tan arraigada en

18 FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 18.

19 Me hago eco de la expresión usada por el papa Francisco en el capítulo «El gusto espiritual de ser pueblo», en los números 268-274 de la *Evangelii gaudium*.

20 Considero muy lúcida la afirmación siguiente: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada»: Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 2. El capítulo «Sí a las relaciones nuevas que genera Jesucristo» de la *Evangelii gaudium* (87-92) da interesantes pistas sobre esta temática.

21 FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 47. Además, en el número 53: «La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades».

22 «El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano»: FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 54.

nuestro mundo de considerar al otro como rival y potencial enemigo, más que como hermano y compañero de camino, actitud bien expresada en la sentencia *homo homini lupus*²³. La mirada benevolente está directamente relacionada con la necesidad de situarse en un horizonte teocéntrico para enfrentar la vida. Todo está en las manos de Dios, es Él quien nos conduce y quien es capaz de sacar el bien del mal. El horizonte teocéntrico nos ayuda a superar las tentaciones del pesimismo apocalíptico y de la ingenuidad providencialista dándonos ojos para mirar con cariño y admiración a este ser humano frágil, débil y pecador; pero pese a todo capaz de amar, y así ser destello del amor de Dios.

Para alcanzar esta mirada un punto clave es aprender a asumir desde la fe, e incluso con gozo espiritual, las propias limitaciones personales. La honestidad con uno mismo, con las propias oscuridades, tentaciones y fallas, es el camino para aprender misericordia. Por el contrario, el rechazo a la propia fragilidad, el intentar esconderla o el luchar denodadamente por superarla son caminos que nos encierran en nosotros mismos, en nuestro egoísmo, y nos impiden hacer vida aquello de que «mi gracia te basta, pues mi fuerza se despliega en la fragilidad»²⁴. Enseñar a los creyentes a situarse en este horizonte ayuda a enfrentar mejor los escándalos por los fallos de la comunidad creyente; pero sobre todo impide imaginar la comunidad cristiana como la comunidad de «los buenos», «los salvados», frente a «los malos», «los condenados»; esas identificaciones son el camino para llegar al fariseísmo. Por otro lado, el experimentarnos frágiles y pecadores «como todos» puede ser una gracia de Dios que nos ayude a volvernos a él desde lo hondo de nuestro ser, no simplemente desde nuestras obras²⁵. La sobreacentuación del moralismo es un peligro mortal para la fe, ya que lleva unos al desánimo y a sentirse rechazados por Dios, o al menos indignos de acercarse a él porque son incapaces de cumplir su voluntad, y a otros los lleva a la vanidad y al orgullo personal. Ambas

23 La sentencia parece haber sido creada por Plauto (siglo II a.C.; Asinaria 495). Modernamente ha sido popularizada por Tomas Hobbes (siglo XVII, en su obra *De Cive*, dedicatoria) para referirse al egoísmo individualista de la sociedad occidental moderna. Entre otros autores fundantes de la modernidad que han atendido a este dicho cabe señalar a Erasmo, Montaigne, Bacon, Voltaire y Freud.

24 2 Cor 12, 9.

25 Los números 19 a 21 de la *Lumen fidei* tienen una interesante reflexión sobre el tema de la salvación mediante la fe, contraponiéndola a la mentalidad farisaica. Describe así esta última: «Este, aunque obedezca a los Mandamientos, aunque haga obras buenas, se pone a sí mismo en el centro y no reconoce que el origen de la bondad es Dios. Quien obra así, quien quiere ser fuente de su propia justicia, ve cómo se le agota y se da cuenta de que ni siquiera puede mantenerse fiel a la ley. Se cierra aislándose del Señor y de los otros, y por eso mismo su vida se vuelve vana, sus obras estériles, como árbol lejos del agua», FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 19.



posturas nos alejan de nuestra llamada a ser una comunidad que «vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva»²⁶.

Un desafío esencial de los procesos de iniciación cristiana y de crecimiento en la fe está en enseñar a reconocer frente a Dios la propia fragilidad, superando así una de las angustias fundamentales del hombre contemporáneo: reconocerse serenamente frágil, haciendo de esta experiencia un espacio para experimentar la sobreabundante gracia de Dios y para aprender de verdad, en el dolor de la vida y de la propia necesidad, lo que significa la compasión por los débiles y pecadores²⁷.

4. *El camino para la auténtica realización personal.* ¿Por qué caminos la iniciación cristiana logra responder al desafío antropológico de quienes legítimamente buscan una «autorrealización» personal? No basta con señalar los caminos errados (el poder, el dinero, el hedonismo, etc.), sino que necesitamos ser capaces de proponer un camino positivo. Necesitamos presentar a Jesús, entregado por amor en la cruz, como el modelo de hombre pleno. Jesús alcanzó su realización personal cuando por amor fue capaz de darse a sí mismo por la vida de otros. Aquí hay un horizonte teológico-espiritual de fundamental importancia, que tengo la impresión no siempre sabemos proponer adecuadamente y con convicción. Hay un texto magisterial que, a mi gusto, expresa muy bien este horizonte: «La propuesta [cristiana] es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros”»²⁸. Aquí estamos en el corazón de la paradoja central del mensaje

26 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 24. Esta actitud es la que el papa, usando un modismo argentino, llama «primerear».

27 Esta perspectiva está maravillosamente planteada en la lectura tradicional (hasta el siglo XIX) de la parábola del Buen Samaritano (*Lucas* 10, 25-37). Esta lectura enfoca la parábola invitando a situarse en la posición del caído al borde del camino, malherido, que tiene necesidad de ser socorrido en su urgente necesidad. Ese hombre en verdad ha experimentado quién es el que ha tenido compasión de él, y quienes pasaron de largo junto a él, aunque eran «de los suyos». La lectura contemporánea, en cambio, nos invita a identificarnos con el Buen Samaritano, sano, rico y poderoso, que tiene el deber de cuidar de los caídos al borde del camino. Es una lectura fuertemente moralizante, que le quita hondura espiritual al texto.

28 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 10.

evangélico de Jesús: «Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará»²⁹. Si queremos que la experiencia del encuentro con Jesús dé un sentido definitivo a toda la vida, necesitamos adentrarnos en esta problemática. De otro modo, los cristianos seguirán orientado su vida, en lo fundamental, por los «criterios del mundo», como señalaría el evangelista Juan.

5. *Desafiar a vivir una coherencia ética en toda la vida.* ¿De qué modo la iniciación cristiana ayuda a las personas a vivir un proceso de profundización en su fe que se traduzca en asumir el desafío de trabajar por una vida éticamente coherente en todas las esferas de su vida? El secularismo en boga nos seduce con la cómoda idea de vivir una vida fraccionada en compartimentos estancos que no interactúan entre sí. Nos propone vivir una fe que satisfaga cómodamente nuestras «inquietudes religiosas» pero sin interferir el «normal desarrollo» de las otras dimensiones de nuestra existencia individual o social. Entre los muchos elementos que pueden ayudar a enfrentar este desafío, uno no menor es la capacidad de proponer a quienes están en procesos de iniciación cristiana un anuncio de la fe efectivamente concentrado en lo esencial: en el amor de Dios que nos es gratuitamente ofrecido y que espera de nosotros una respuesta de amor. Se trata de superar la torpeza de un anuncio desarticulado de la fe, en el cual todo parece ser igualmente importante³⁰. Se trata de volver a situarse explícitamente en el horizonte abierto por el Concilio: «el Concilio Vaticano II explicó que “hay un orden o ‘jerarquía’ en las verdades en la doctrina católica por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana”. Esto vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia e, incluso, para la enseñanza moral»³¹. Estoy convencido que no lograremos avanzar en la superación del actual abismo que existe entre la moral propuesta por el magisterio eclesial y la vida concreta del Pueblo de Dios, mientras no seamos capaces de ir

29 Lc 17, 33. Es una sentencia que impactó fuertemente a la comunidad cristiana primitiva, que está en la triple tradición (Mc 8, 35; Mt 16, 25; Lc 9, 24) en el contexto del primer anuncio de la pasión, y en la doble tradición (Lc 17, 33 y Mt 10, 39). El mismo tema está presente en la tradición joánica (Jn 12, 25), complementado con la imagen del grano de trigo que debe morir para dar vida (Jn 12, 24).

30 El papa Francisco nos desafía a un anuncio de la fe que «no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante». FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 35.

31 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 36. Se hace referencia al decreto *Unitatis redintegratio*, n. 11.



creciendo en una presentación de una moral netamente articulada desde la experiencia del amor de Dios: el amor recibido que nos capacita para amar a Dios y a los hermanos.

6. *Respetar la primacía y la libertad de la acción de Dios.* ¿Cómo crear e implementar dinanismos apostólicos y procesos de iniciación cristiana realmente respetuosos con la impredecible potencialidad de vida de la Palabra de Dios? El cambio cultural que estamos viviendo ha puesto en tela de juicio todas nuestras planificaciones eclesiales y las rutinas eclesísticas a las que estábamos habituados. A veces quedamos con la impresión de no saber qué hacer pastoralmente ante situaciones inéditas que enfrentamos casi día a día. Posiblemente esta experiencia sea un espacio privilegiado para explorar caminos nuevos, confiando menos en nuestras certezas y mucho más en la fuerza de la Palabra de Dios; como ha dicho el papa Francisco, necesitamos aprender a confiarnos en la «libertad inaferrable de la Palabra»³². Respetar la fuerza y la libertad de la acción de Dios es hacerse capaces de valorar la pluralidad de enfoques teológicos y de acciones apostólicas que actualmente se dan en la Iglesia. Ellos no son el resultado de «limitaciones humanas» o de errores, sino un reflejo de la inagotable riqueza del Evangelio que nos desborda por todos lados³³. Más profundamente la Iglesia está llamada a hacerse servidora de la Palabra y de la gracia de Dios, antes que su controladora. Los procesos de iniciación cristiana buscan ayudar a poner en contacto a las personas con el insondable misterio del amor de Dios; no son el proceso de instrucción necesario para superar el examen de admisión a una institución³⁴. Estamos ante el hermoso desafío de invitar a una obediencia de fe a Dios mismo, no sola-

32 «La Palabra tiene en sí una potencialidad que no podemos predecir. El Evangelio habla de una semilla que, una vez sembrada, crece por sí sola también cuando el agricultor duerme (cf. *Mc* 4, 26-29). La Iglesia debe aceptar esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas», FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 22.

33 «En el seno de la Iglesia hay innumerables cuestiones acerca de las cuales se investiga y se reflexiona con amplia libertad. Las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico y pastoral, si se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor, también pueden hacer crecer a la Iglesia, ya que ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra. A quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión. Pero la realidad es que esa variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 40.

34 Son fortísimas las siguientes palabras del papa Francisco, propuestas en el contexto de los sacramentos de iniciación, bautismo y eucaristía: «A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 47.

mente a nuestras normas o preceptos; una obediencia que nos hace crecer en la capacidad de amar, que enaltece y libera en vez de disminuirmos³⁵.

7. *La ineludible pregunta por la justicia.* ¿De qué modo establecer procesos de iniciación cristiana que realmente ayuden a tener una mirada cristiana sobre la sociedad y que estimulen un sincero amor por los pobres? Un cristianismo despojado de su dimensión social está muerto y hay temas como la llamada a superar la idolatría del dinero y del bienestar, que son ineludibles para el creyente, esto en el marco de un horizonte más amplio que es la percepción de que la actual economía de exclusión es injusta y contradictoria con el mensaje del Evangelio³⁶. El sistema económico actualmente imperante en casi todo el mundo conlleva una consecuencia humana gravísima: «Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera»³⁷.

Una dimensión especial de esta pregunta por la justicia, y que la supera, es el tema del amor por los pobres, al cual la Iglesia latinoamericana ha sido especialmente sensible desde hace tiempo. El servicio de los pobres es uno de los signos verificadores fundamentales de la autenticidad de la vida cristiana y de la acción eclesial. ¿De qué modos concretos los procesos de iniciación cristiana están enseñando a amar a los pobres? A amarlos con un amor de raíz teológica, que lleva a ver en ellos el rostro de Cristo doliente³⁸, y no exclusivamente por filantropía o por ideología política. La Conferencia de Aparecida, asumiendo las palabras de Benedic-

35 «La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor, el hombre encuentra un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos»: FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 13.

36 «Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del “descarte” que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”»: FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 53.

37 FRANCISCO: *Evangelii gaudium*, n. 54.

38 El texto de los «rostros de Cristo doliente» es un hito teológico espiritual de la Iglesia latinoamericana. Cf. III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Puebla*, 31-39.

to XVI, ha dado a esta opción preferencial por los pobres un fundamento cristológico que la hace ineludible: «Nuestra fe proclama que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. Por eso la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. *Heb 2, 11-12*)»³⁹. Los procesos de iniciación cristiana deben ayudar a que el creyente haga suya esta afirmación tan claramente propuesta por el papa Francisco: «Hoy y siempre, “los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio”, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos»⁴⁰. El Espíritu moverá a cada creyente a vivir este amor y servicio a los pobres de un modo propio, adecuado a su realidad.

8. *Iniciar en la experiencia de la alegría y libertad cristianas.* ¿Por qué caminos los procesos de iniciación cristiana ayudan a experimentar el gozo y la libertad de creer en Cristo? El creyente está invitado a acoger el Evangelio y adecuar su vida a esta buena noticia. Una buena noticia que se relaciona a la acción de Dios que viene a transformar positivamente las situaciones humanas; tal como lo ponen de manifiesto las bienaventuranzas. O, como dice el apóstol Pablo, «para ser libres nos ha liberado Cristo»⁴¹, y por lo mismo debemos cuidarnos muchísimo de caer bajo el yugo de cualquier otro tipo de esclavitud. Si el proceso de iniciación cristiana no acerca a la experiencia del gozo de la fe y la alegría del encuentro con una comunidad de hermanos, se queda a mitad de camino. Y nos pone ante el riesgo de un cristianismo triste, oscuro, sobre-exigente, quizá a veces un poco desesperanzado. Es difícil imaginar que una fe marcada por este estilo logre vitalizar la vida de un creyente y pueda permanecer sana y vigorosa a lo largo del tiempo.

39 V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Aparecida*, 392. Ver además: «Si esta opción está implícita en la fe cristológica, los cristianos, como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo. Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo., *ibid.*, 393.

40 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 48.

41 *Gál 5, 1.*

A modo de conclusión

Estas reflexiones están propuestas desde la realidad latinoamericana, y compartiendo una mirada más bien crítica respecto de los procesos de iniciación a la vida cristiana vividos en el continente. Una mirada crítica como la señalada en la Conferencia de Aparecida: «Son muchos los creyentes que no participan en la eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial. Sin olvidar la importancia de la familia en la iniciación cristiana, este fenómeno nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del compromiso ciudadano. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable»⁴².

La raíz más profunda de esta fragilidad en la fe de los creyentes de América Latina está magistralmente expresada en un texto de Aparecida, en el cual se entrecruzan la interesante cita de un texto del cardenal Ratzinger y la mano del redactor final del texto, el cardenal Bergoglio: «No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”»⁴³.

Personalmente considero que este texto representa una muy buena síntesis del momento actual de la Iglesia latinoamericana. Estamos ante la experiencia mayoritaria de una fe fundada en una débil experiencia de ese encuentro personal con Cristo que da un nuevo horizonte y una orientación definitiva a la vida del creyente. Por lo mismo, ante una fe «reducida a bagaje», a veces a simple acumulación carente de un centro realmente fuerte e integrador que le dé auténtica vitalidad y fuerza. Esta situación la vivimos en el contexto de un cambio de época en el cual van surgien-

42 V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Aparecida*, 286.

43 V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Aparecida*, 12. La cita pertenece a: RATZINGER, J. *Situación actual de la fe y la teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996. Publicado en *L'Osservatore Romano*, el 1 de noviembre de 1996.

do hombres y mujeres más adultos humana y religiosamente, que solo podrán prestar su adhesión de corazón a una fe capaz de integrar y dar sentido a toda su vida. Es un hermoso desafío para que revisemos nuestros procesos de iniciación cristiana y les demos más calidad propiamente espiritual, tanto para quienes se encaminan a recibir el bautismo como para quienes necesitan ahondar en su compromiso bautismal.